

- Lo mismo que otros años.
 —¿Irás á Mont-Doré?
 —A principios de junio.
 —¿Y estareis allí?
 —Todo el verano.
 —¿Es decir, hasta el 30 de setiembre?
 —Próximamente.
 —¿Por qué me prevenis que no me admire de nada?
 —Porque tal vez sucedan cosas que la malevolencia interpretará contra mí.
 —No comprendo.
 —Ni hay necesidad.
 —No me gusta la obscuridad ni las tinieblas—dijo con aire de indecisión.—Al menos, no hareis nada indigno ni deshonoroso.
 El se mordió los labios.
 —¿Lo dudarás?—dijo, eludiendo la cuestión.
 —Sea, puesto que lo quereis. Convenido.
 —¡Ah! ¡Qué buena eres! ¡Te adoro!
 —¡Siempre palabras!
 El no se dió por entendido.
 —Nada de intrigas—dijo.
 —No.
 —Ni más citas.
 —No temais nada.
 El doctor cogió la mano de la joven y la cubrió de besos.
 Ella se desasíó suavemente.
 —Me caigo de sueño—dijo.—Idos y déjadme dormir.
 Y le empujó dulcemente hacia la escalera.

El cedió.
 Después de cerrar la puerta, la joven se acostó.
 Si él hubiera entrado en la habitación cinco minutos después, hubiera podido verla enervada y abatida.
 Fabregues, de regreso en su casa, miraba una fotografía que ella le había regalado dos años antes.
 —¡Ah!—murmuraba.—Por convencerte, por conservarte, incendiaría á París. Seis meses es bastante para ser rico. En seis meses, cueste lo que cueste, lo seré ó me moriré.

VII

La morada del doctor Bordat en la calle de Luis el Grande, era más bien el retiro de un hombre de mundo que la habitación de un médico.

Al siguiente día de la cena en el café de la Paz, á las nueve y media, el doctor, en traje de mañana, estaba sentado ante un escritorio elegante en el salón que le servía de gabinete de consultas.

La casa es antigua, y sus menores detalles de construcción recuerdan la época de Luis XVI.

Una marquesa hubiera podido hacer de aquel gabinete un nido para el amor.

El doctor no trabajaba, reflexionaba, mirando de vez en cuando el reloj.

—¿Por qué el animal de Fabregues se mezclaba en los asuntos de aquella joven?

Esta ingerencia le molestaba.

¡Oh! no era envidia. El pobre mozo no incuría en tal debilidad. La medicina significaba tan poco para él, que no se cuidaba de las rivalidades.

No había en Francia un discípulo de Esculapio más desinteresado que él. Pero experimentaba verdadera simpatía por su joven enferma, rica, hermosa, llena de atractivos y condenada sin apelación.

Aunque no ejerciese, Bordat sabía y tenía buen golpe de vista, y desde el primer momento apreció el estado de la desgraciada niña.

¿A qué atormentarla? ¿Para qué someterla á tratamientos inútiles? El sistema de la tía, de la xecelente señora de Breville, que consistía en hacerla la existencia dulce, fácil, deján-la gozar en paz sus últimos días, era el méjor de todos.

Y además, si Bordat no sentía contra su discípulo las prevenciones que el barón D'Aubagny, no estaba lejos de concebir una antipatía natural por esos empíricos ávidos, que ven en toda dolencia un filón que explotar y se precipitan sobre las infortunadas víctimas, con la avidez de un tiburón sobre el marinero arrojado al agua por un golpe de mar.

En este momento de contrariedad, el criado abrió la puerta y anunció:

—El doctor Fabregues.

Su naturaleza reaccionó en seguida contra aquel sentimiento instintivo y tendió la mano á su compañero.

El gascón iba vestido de negro de pies á cabeza, y llevaba un paquete, que dejó sobre la chimenea.

—¡Diablo! Tus instrumentos de tortura,—dijo Bordat.—¿Quieres ejecutar á esa niña?

—Quisiera curarla: por eso vengo antes con objeto de hablarte.

El nivernés movió la cabeza.

—Tu puedes ser muy sabio, pero solo Dios hace milagros—dijo.

—He visto curas maravillosas, ¡palabra de honor! Tú no sabes lo que se puede esperar... el progreso... las aguas...

—¡Bah!

—En fin, hay que ver.

—Veamos,—dijo Bordat con resignación.

—¿Me permitirás dirigirte algunas preguntas?

—Empieza.

—¿Conoces á esa niña hace mucho tiempo?

—Diez meses próximamente.

—Es decir, desde el otoño último.

—Poco más ó menos.

—¿Ha empeorado desde entónces?

—Al contrario.

—¿Hay antecedentes en la familia?

—Su madre fué tísica... Murió á los veintitres años.

—¿Y el padre?

—Era de una salud vigorosa; pero murió algunos años después, y se dice que de la misma enfermedad.

—¿En tu opinión, esto será hereditario?

—Es probable. La infancia de esta niña hizo concebir esperanzas. Su tía, que vive con ella hace quince años, la creía salvada, cuando de improviso se declaró la enfermedad.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Cerca de cinco años.

—¿Con los síntomas ordinarios?

—Sí.

La conversación fué interrumpida por el sonido de la campanilla.

—Prudencia—dijo Bordat,—son ellas. La joven es una verdadera sensitiva.

—Está tranquilo.

Eran, en efecto, la baronesa de Breville y su sobrina.

—Ya veis que somos exactas—dijo la tía.

Tendió familiarmente la mano á Bordat, y saludó ceremoniosamente al gascón.

—Nos ponemos en vuestras manos, doctor. Veamos, ¿qué vais á hacer de nosotras?

Fabregues sonrió.

—Os vamos á otorgar privilegio de larga vida—dijo.—Mi amigo Bordat ha tenido la atención de contestarme á algunas preguntas... No se trata más que de prevenir, no de curar.

Esta señorita sólo está un poco débil... El

aire de nuestras montañas, tan puro y tan vivificante, le devolverá las fuerzas.

—¡Dios lo quiera!—murmuró la tía suspirando, y volviéndose hacia Bordat.

Fabregues se había aproximado á la joven y la envolvía en una mirada cariñosa.

La condujo suavemente hacia el otro extremo del salón é hizo que se sentase en un diván.

—¿Tendréis la bondad de darme algunos pormenores?—le preguntó con voz persuasiva.

—Sin duda, caballero.

—¿Notais debilidad?

—Sí.

—¿Tenéis vértigos, mareos?...

—Muy rara vez.

—El doctor Bordat me ha dicho que estais enferma desde hace unos meses....

—Es cierto:

—¿Desde el otoño último?...

—Justamente.

—¿En esta época teneis accesos de fiebre?...

—Por la noche, sobre todo.

—¿Experimentais agitaciones, calor en la cabeza, sudores?...

—A veces.

—¿Habeis perdido el apetito.

—Casi por completo.

—¿Habeis sido atacada por una especie de bronquitis, con accesos de tos, ligera opresión, sudores nocturnos sin causa aparente?

—Es verdad.

—¿Y todo esto con un gran desfallecimiento?

—Sí.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy mucho mejor. La opresión ha desaparecido, he recobrado el apetito; sólo persiste la debilidad.

El doctor Fabregues parecía meditar profundamente. En realidad no hacía otra cosa que observar en la enferma con penetrante mirada, como si tratase de magnetizarla.

Se alejó un instante dirigiéndose á Bordat y á la señora de Breville.

Esta le interrogó con una mirada en que se retrataba la angustia.

—El mal no es tan grave como creéis—dijo en voz baja. Afortunadamente acudimos á tiempo. Sólo me falta auscultar á la joven.

• ¡Ay!... La tía estaba ya al corriente de aquellas ceremonias.

Se aproximó á su sobrina y le dijo en voz baja:

—Vamos, hija, desnúdate.

—¡Otra vez?...—suspiró la joven.

Y levantándose con la ayuda de su tía, se quitó la pelliza y descubrió un vestido de mañana que señalaba sus formas alteradas por la enfermedad.

La baronesa desabrochó el corsé que sostenía aquel busto flaco y débil.

La piel del cuello era casi tan blanca como la batista que la cubría; los brazos parecían no tener sangre.

La tía sintió que sus ojos se humedecían. Hizo una señal al doctor Fabregues.

—No tengais miedo, señorita—dijo este aproximándose á la enferma;—no os haré sufrir.

E inclinándose, percutióle el pecho y después la espalda con los dedos.

Después aplicó el oído para auscultar la respiración.

—Todo va bien—dijo enderezándose;—pero para no olvidar nada, procederemos á una última experiencia necesaria, pero que será breve.

—¿De que se trata?—preguntó con ansiedad la señora de Breville.

—De un examen decisivo con ayuda de un pequeño instrumento de reciente invención, que no nos dejará duda.

Y tomó el paquete que había dejado encima de la chimenea, diciendo al doctor Bordat.

—¿Quiéres encender una luz?

—Con mucho gusto.

La paciente, como hipnotizada por estos preparativos esperaba casi como un acusado espera el fallo de sus jueces en una causa de muerte.

Mientras que el doctor Bordat llamaba para pedir la luz, Fabregues procuró alentar á la enferma.

Es necesario decirlo todo.

Su voz tenía un timbre hermoso. No le faltaba al doctor más que el estudio para ser un barítono de primer orden. Además sabía en-

contrar inflexiones de voz para encantar á sus clientes.

Nunca había puesto en práctica más medios para agradar á una mujer.

Sus negros ojos, su voz, sus palabras, sus manos mismas, moviéndose libremente, eran caricias, persuasión, dulzura y piedad.

—Os parecerá quizá un poco ridículo al pronto, señorita; pero es por vuestro bien.

El criado de Bordat llegó con la luz.

Fabregues la puso próxima al diván en que se hallaba la joven, de modo que los rayos luminosos le diesen de lleno en la cara.

Después se puso en la frente un reflector sujeto con una cinta, con lo que parecía un nigromántico de la Edad Media.

—Abrid la boca—le dijo.— Quiero darme cuenta de todo.

La enferma obedeció.

La examinó con atención algunos instantes. Luego sacó un espejo del tamaño de una moneda de veinte sueldos, soldado en el extremo de una tira de cobre, lo calentó con la lámpara á fin de que la respiración de la joven no lo empañase y con toda clase de precauciones examinó atentamente la imagen de la laringe reflejada en el cristal vivamente iluminado.

Luego dijo á su cliente:

—He concluido. Ya sé á qué atenerme.

La joven se cubrió.

—¿Doctor?...—preguntó la baronesa al doctor aparte.

—Está grave.

—¡Ay!

—Pero creo que podré salvarla.

—¿Vos?

—Sí.

—¿Hablais con sinceridad?

—Os lo juro.

—¿Qué habremos de hacer?

—Ya os lo diré.

—¿Cuándo?

—Mañana, si queréis, tendré el honor de veros.

—¿En el Grand Hotel?

—Como os plazca. Me indicaréis la hora.

—Todos los días antes de almorzar.

—Bien, señora.

Cuando quedaron solos los dos amigos, se miraron.

—¿Qué opinas?—preguntó Bordat á su vez.

—Ya lo he dicho; está grave, muy grave.

—Está perdida—dijo Bordat.—Ya lo había dicho.

—No lo creo así, y por mi honor la salvaré.

La señora de Breville volvió á pie al Grand-Hotel con su sobrina.

—Es muy bueno ese joven médico, muy serio y á la vez muy cariñoso—dijo la tía. No sé por qué me inspira confianza, á pesar de sus ridículos aparatos.

—Es verdad—pensó la sobrina.—¡Pero cómo me miraba!

—Tiene magníficos ojos—dijo la baronesa, como si respondiera al pensamiento de la joven.

VIII

El doctor Fabregues salió de casa de su amigo Bordat en un estado singular de ánimo.

Necesitaba reflexionar y poner en orden las ideas que bullían en su cerebro.

Desde su primera entrevista con las señoras de Breville, había visto en aquel encuentro una de esas casualidades favorables que pueden ejercer una influencia extraña sobre una existencia, pero confusamente, como esos vagos fantasmas de la fiebre, que se desvanecen en un instante.

Después, cuando de improviso se encontraron con él en el café de la Paz, cuando le dirigieron la palabra, el fantasma tomó cuerpo.

En fin, durante la consulta que acababa de verificarse, había estudiado á fondo á aquella enferma desesperada, cuyos ojos lánguidos le preguntaban con silencioso dolor, temerosos del fallo previsto, y como buscando en él una última esperanza, entonces el proyecto ilusorio se había desenvuelto en su espíritu con forma real.

Aquella joven estaba condenada; no cabía duda.

Había visto al enemigo posesionado de ella, conocía su marcha, podía calcular sus progresos con previsión matemática, la duración del

asedio, la época y casi el día de la rendición. Ella era rica.

Al entrar en su cuarto entresuelo de la calle Vignón, sintió el dolor de su miseria y un vivo deseo de conquistar la riqueza á cualquiera costa.

¡Qué diferencia entre el salón de Bordat, claro, fresco, cuidado, perfumado, y aquel entresuelo donde jamás penetraba el sol!

El nivernés había deslizado en la mano de su camarada el billete de 500 francos que le había pedido.

Fabregues lo contemplaba con delicia.

—¡Una limosna!—pensaba.—Sin ella, ¿qué sería de mí?

Llamó á su criado.

—¡Sulpicio!

Era éste uno de esos viciosos á los cuales no tienen nada que enseñarles á los quince años, ó quizás antes, pequeño y débil, pero guapo.

—¿No ha venido nadie?—le preguntó su amo.

—Nadie.

—¡Calla!—dijo viendo el billete de 500 francos;—¿ha ganado el señor esta noche?

—¡Toma, vé á cambiarlo y vuelve al momento.

El criado no se hizo repetir la orden.

Fabregues se cubrió la cabeza con las manos y pensó en sus proyectos.

—Sí, sería la fortuna—se decía.—Será preciso mentir, representar con esta desgraciada

la comedia del amor. ¿Es tan difícil? Pero esa fortuna, ¿es verdad?

El barón D'Aubagny le había proporcionado, sin quererlo, algunos antecedentes.

Las dos mujeres habitaban en Breville, en un palacio cerca de Evreux.

Dos horas de viaje en ferrocarril bastaban para ponerle al corriente de todo.

Era preciso ante todo informarse; después, procedería según sus inspiraciones. Aunque lo pensaba así, desde luego formó su plan completo. Estaba decidido á la obra de seducción que había de ser para él un golpe de fortuna.

Después de todo, ¿qué arriesgaba?

—Nada.

Cuando Sulpicio volvió con cuatro billetes de cien francos y unas monedas de oro, le regaló diez francos, como si en adelante su caja hubiera de ser la de un nabab.

—Por el mandado—le dijo.

—¿Va á salir el señor?

—Al instante.

—¿Y no volverá?

—No lo sé.

—¿Y si viene algún cliente?

—No vendrá ninguno.

—Es probable, pero podía presentarse alguno.

—Le dices que vuelva.

El doctor cogió su sombrero y salió.

El día era hermoso. Dió una vuelta para ha-

cer tiempo hasta el medio día, y después fué á almorzar al barrio Latino.

Estaba completamente entregado á su plan.

Reflexionaba y se decía que se le presentaba una de esas ocasiones que no se encuentran dos veces y hay que asirlas por los cabellos con audacia.

Durante el día se paseó halagado por sus ensueños, experimentando el deseo de la soledad, como un sabio que se entrega á cálculos difíciles y teme ser interrumpido en su trabajo.

La noche le sorprendió ante la casa Delibet, esperando la salida de las dependientes.

En aquel instante, sus ideas confusas de la víspera estaban, por decirlo así, clasificadas en su memoria.

Cuando apareció su ídolo, la abordó con una alegría que no era habitual en él.

—¿Sabes?—le dijo—con la fe, se trasportan las montañas. He encontrado un filón.

—¡Ah!—exclamó ella con su calma acostumbrada.

—Si, seremos ricos un día. ¿Sostendrás tu palabra?

—No sé lo que quieres decir—replicó ella tuteándole á su vez.—No veo las cosas como tú... No me gusta perder el tiempo soñando, pero he prometido esperar... esperaré. Haz lo que quieras.

Aquella noche la acorruañó hasta la puerta de su casa y la abandonó bruscamente.

Temía hacerse traición.

Desde allí fué á su círculo.

Se jugaba en él, y la partida era animada.

A media noche volvió á su entresuelo con dos mil francos en el bolsillo.

—Decididamente—pensó—la suerte me protege.

Al día siguiente, á las ocho de la mañana, tomó el expreso de Cherbourg, que le dejó en Evreux á las diez.

Antes había tenido cuidado de comprar una de esas guías de los departamentos en las que se encuentra hasta los poblados más insignificantes.

Breville está á siete kilómetros de Evreux, en el camino de Lisieux.

El doctor Fabregues podía disponer de todo el tiempo hasta la noche.

Tomó un coche y se hizo conducir á la iglesia de Breville.

Al medio día entró en una posada que le había recomendado su conductor.

El anuncio de varias granjas en venta fijado en el muro, le proporcionaba un pretexto para extraviar la opinión acerca del verdadero objeto de su viaje.

El posadero era un arrogante lugareño.

—¿Qué quiere el señor?—preguntó.

—Almorzar por de pronto.

—Es fácil.

—¿Qué hay?

—Lo que queráis.

—Es cuanto necesito. ¿Cuánto tardará?

—Diez minutos.

—Perfectamente.

El gascón había adoptado un aire familiar.

—Voy á esperar paseándome por los alrededores.

Una joven de veinticinco años, que cuidaba de la cocina é iba del fogón á la mesa, dijo:

—No se aleje mucho el señor... no se le hará esperar.

—Pondreis tambien cubierto para el conductor.

—Bien.

Breville está situado en lo alto de una loma, en cuyo fondo se veía el verdor primaveral de unas praderas regadas por una pequeña corriente.

A cincuenta pasos de la iglesia, en la plaza, á que dan sombra dos hileras de tilos plantados recientemente, empieza una calle casi circular, de álamos seculares, verdaderamente magníficos, mezclados con pinos, que conduce al palacio de Breville.

Fabregues se detuvo al límite de la calle. Sabía bastante. El aspecto del palacio, vasta construcción de elegancia perfecta, que contaba un siglo de antigüedad, atestiguaba la opulencia de su propietario.

Dos jardineros iban y venían ocupados en sus faenas, y las ventanas abiertas permitían ver algunos rostros de criados y criadas que revelaban el buen humor.

El gascón hizo de nuevo su camino en senti-

do inverso y encontró al llegar á su hospedaje la mesa puesta.

Fabregues obligó á su conductor á tomar asiento frente á él.

—Beberemos una botella de vino si os place —dijo al hostelero.

Cinco minutos después el doctor sostenía una conversación familiar con aquél.

—Tenéis un hermoso palacio en Breville—le dijo.—Gran parque, hermosas sombras, soberbia construcción.

—¿Verdad que sí?—dijo el buen hombre envejecido.—No hay quizás otro en el país.

—Parece estar habitado.

—¿Habéis entrado en el parque?

—He estado á dos pasos de él.

—Está habitado y no lo está.

—Explicaos.

—Sé que viven en él criados dichosos como reyes, y unos dueños desgraciados.

—¿Y cómo es eso?

—Cuando digo dueños, quiero decir dueñas, porque son dos mujeres, pero ausentes la mayor parte del tiempo.

—¿Adónde van?

—A París, al diablo, detrás de los médicos que las explotan. La señora de Breville...

—¡Ah! ¿se llama?...

—La baronesa de Breville... Es la mujer mejor del mundo; hace todo el bien que puede en el país, pero no sabe á qué santo encomendarse. Es viuda y no tiene hijos, ni más herederos

que una sobrina, hija de su hermana la señorita Matilde; pero no la salvará el dinero.

—¿Qué tiene?

—Un mal que no la perdonará. Está tísica.

—Pueden engañarse.

—¿Cuando yo os digo! Es hereditaria en la familia. Hubiera sido mejor que heredase menos rentas y más salud.

—¿Es rica?

—Yo al menos me contentaría con lo que tiene—dijo el hostelero vaciando su vaso.—Más de cien mil libras de renta, querido amigo; todo para ella, que no lo gozará, porque la enterrarán antes que á su tía.

—Debía casarse.

—¿Para qué? ¿Para tener hijos como ella? No vale la pena. Sé de alguien —prosiguió con aire malicioso—que no desea otra cosa. Hace dos años estaba hermosa: pero él no ha querido. Alguna vez me ha dicho: «Benoit—porque me llamo Benoit,— me sería muy penoso verla sufrir. No quiero presenciarse su muerte».

El doctor Fabregues, que tuvo buen cuidado de no decir su nombre y circunstancias á su conductor, aparentaba escuchar distraidamente la relación de Benoit, pero no perdía una palabra. A las últimas frases del hostelero, contestó con negligencia:

—¡Ah!... ¿había quien amaba á esa pobre joven?

—Sí, y persona de calidad; pero estoy seguro de que ella no lo sabe. El no quiere decla-

rarse por no perjudicarla; porque los médicos dicen que las emociones la matarían y que necesita tranquilidad. El pobre mozo está locamente enamorado, pero no se casará. Así me lo ha dicho veinte veces.

—Y ¿qué es?

—¿El vizconde de Bures?—dijo el conductor, que devoraba con ese apetito que solo produce el trabajo.

—Sí, Mr. de Bures, Pedro de Bures—repitió el hostelero. Es oficial de artillería.

—¿Rico también?

—No es pobre. Su palacio está á cinco leguas de aquí, al otro lado del bosque de Evreux; pero casi nunca está en el país. Sufre mucho.

—Un guapo mozo—añadió el conductor.

—¿Qué edad tiene?

—Unos treinta años. No posee menos de cincuenta mil libras de renta. Es primo de las señoras.

—El gascón iba archivando en su memoria estas explicaciones, pero con cierto temor. Aquel artillero que surgía de improviso le aterraba, porque podía ser un obstáculo para sus planes.

Pero se tranquilizó pensando que no hay empresa sin obstáculo y que el talento de un hombre de recursos consiste precisamente en vencerlos ó en sacar partido de ellos.

Cambiando la conversación, la hizo recaer sobre el objeto de su visita.

Habló como un capitalista que toma antecedentes de las tierras en venta.

Estos antecedentes fueron más malos que buenos. Los precios eran elevados, las granjas mal situadas, las tierras medianas, y á poca distancia de Breville.

Después de pagar espléndidamente la cuenta, volvió á subir en su coche, se hizo conducir á las cercanías de las propiedades en venta, y al primer golpe de vista dijo que había visto bastante, y volvió por la parte de Evreux.

A las cinco y media entraba en París, más resuelto que nunca á acometer su empresa.

Las tierras de cultivo del valle de Auge y las rentas de la desgraciada joven le atraían irresistiblemente.

Estaba resuelto á adquirirlas por todos los medios.

A las siete llegó al Grand Hotel, y sin duda debía haber desaparecido de su rostro toda señal de preocupación, porque su amigo Bordat, sentado en la terraza, quedó sorprendido de su radiante alegría.

—¡Diablo!—dijo—¿qué cambio tan visible! Estás metamorfoseado.

—¿Sí?

—Palabra de honor. ¿Qué vienes á hacer aquí?

—A buscarte.

—¿Para qué?

—Para devolvarte la comida que me prestastes ayer, y tu dinero...—dijo bajando la voz.